

5
*
* *
*

Barnum. Un vértigo de desequilibrios y monstruosidades. Hay algo de la tragedia en todas las morisquetas de la farsa. El ser anormal, raro, "no visto todavía", puede producir en quien le contempla tres impresiones diversas: la risa, la piedad o el espanto. Sancho desata sus carcajadas, Jesucristo consuela con una sonrisa dolorosa, y Hamlet se estremece.

Barnum es el vocero de todas las deformidades. Pero, en su manifiesta habilidad de comerciante, hay siempre un dejo de ironía. El verdadero espectáculo de sus fiestas macabras, está, para el observador, en el núcleo mismo del público. La insultante curiosidad con que la multitud observa al gigante, al pigmeo o al idiota; la bulliosa alegría que manifiesta ante la desgracia, incosciente o consciente, de los monstruos; la risa brutal con que aceja las piruetas del hombre-mómia o la ziba enorme del enano, tienen algo de siniestro, de feroz, de indefinible.

Parece que todos aquellos hombres que la naturaleza ha fabricado a "medida justa", parecidos entre sí y fatalmente ~~medidos~~ normales en su mediocridad, experimentan un goce salvaje ante la miseria de los otros. Es un espectáculo de jardín zoológico: todos se amontonan

6
en torno de la jaula donde gesticulan los monos y
les excitan, les empujan y les ríen, apenas a los parentes-
cos posibles, en horda, en enajada, hinchado de superio-
ridad, con el orgullo cobarde de sus cabestros. Nadie
piensa que esos cuerpos, deformes o ridículos, pueden
contener un alma que concibe también la imagen
oficial de la belleza y se retuerce de horror ante
su cuerpo, en la espantosa desesperación de saberse
tanto como los demás y parecer inferior a ellos. — Y
además, y al fin, y en resumen, — afrontando el drama
de los inconscientes, — ¿por qué ríe la multitud ante
ese idiota de cara vacía, que ignora cuanto le circunda,
abstraído en su horrible juego infantil de examinar
una ~~AAA~~ calavera? ¿Todos festejan su inconsciencia,
haciendo de esa pobre alma sin eco un payaso para las
otras almas. Solo algún poeta, escondido en la sombra,
podrá llover de dolor, al comprender que ese hombre
no ha llovido todavía.

Manuel Ugarte

De "Barridos de Londres"